táculo, que todos los presentes se conmovieron, viendo á entrambos hermanos vencedores y vencidos uno del otro, en medio de tan humildes y amorosas cortesías. Subió D. Diego al cadahalso, y haciendo actos heroicos de contricion, de resignacion y paciencia, dió fin á sus palabras con los nombres de Jesus Maria.—Bajé luego á reconciliar á Don Miguel, y estando los dos cubiertos con el manteo, á la fin me pidió instantaneamente, le diese de bofetones: retíreme á peticion tan árdua; pero despues por verle hecho tan niño por Cristo y tan humilde, apliqué la mano á su carrillo, como quien en algo condescendia con su peticion: conociendo el caballero ser amor lo que él deseaba por afrenta, me tomó al punto la mano, y se dió una bofetada; siendo él mas pronto en sacudirse que yo en advertirlo. Al levantarse de mis pies se fué al Veguer y á un comisario, que entrambos estaban á caballo asistiendo al acto: á los dos besó la mano, y pidió humildemente perdon. Luego subió con singular valor al cadahalso, y estando atado al palo, y pensando que el verdugo le queria torcer la cuerda, dijo con voz fuerte: aguardad, aguardad. Por buen rato estuvo haciendo rezos fervorosísimos callando yo y hablando él solo con una retórica tan de cielo que se conocia ser el Espíritu Santo el que movia su lengua. Finalmente conociendo el contrito caballero, que ya habia llegado, su hora, dijo: «éa que ya es tiempo de morir, muera, muera.» En esto se dió el torcedor último á la cuerda, y acabó con las mismas invocaciones de su hermano D. Diego.—No hubo ninguno de cuantos se hallaron en esta tragedia, que no quedase edificado y juntamente movido. A la tarde amortajaron sus cuerpos, y me aseguró una persona de mucha virtud, que al concertar una manga de D. Diego, le tenia el caballero tan apretada la mano con la suya; que lo estrañó y lo dijo á los presentes. Puede ser que como tan agradecido en vida, aun despues de muerto mostraba sus agradecimientos á la caridad de una mortaja. El Señor me dé por su infinita misericordia tan dichosa fin como á ellos, aunque sea pasando yo solo por semejantes desgracias sin detrimento de parte alguna. Guarde Dios á V. R. de Viq. y Jun. 24 1652.—Pedro Lassus.—Si tiene V. R. ocasion estimaré envie esta carta á la Señora Doña Albinia.

(Se concluirá.)

ENRIQUE CLAUDIO GIRBAL.